

NOTAS DE LA TERCERA PARTE

1.—Gassendi es seguramente (lo que no se dijo con bastante claridad en la primera edición de mi *Historia del Materialismo*) un precursor de Descartes é independiente de Bacon de Verulamio. Descartes, que apenas reconocía el mérito de otro, consideraba á Gassendi como una autoridad en las ciencias de la naturaleza, y es muy verosímil que conociera las *Exercitationes paradoxicae* y que supiese por la tradición oral el contenido de los cinco libros quemados, algo más de lo que sabemos hoy por el índice de materias; es verdad que más tarde, cuando por temor á la Iglesia Descartes imaginó un mundo cuyas bases eran distintas de las del sistema de Gassendi, cambió de tono respecto á este último, sobre todo así que fué un grande hombre y trató de conciliar la ciencia con la doctrina de la Iglesia. Por una concepción más exacta de las relaciones que existían entre Gassendi y Descartes, el derecho del primero á ser considerado como autor de una concepción del universo, que aun tiene partidarios en nuestros días, se hace más evidente. Cuanto más se estudia á Descartes más se adquiere la convicción de que desarrolló y propagó teorías materialistas; ¡Voltaire declara que conoció bastantes personas á quienes el cartesianismo condujo á negar á Dios! No se comprende que Schaller haya podido colocar á Hobbes antes de Gassendi; sin duda aquél nació antes que éste, pero su desarrollo intelectual se efectuó muy tarde, en tanto que el de Gassendi fué muy precoz; además, durante su estancia en París, Hobbes desempeñó el papel de discípulo de Gassendi, sin contar que éste hacía ya mucho tiempo que tenía publicados sus trabajos literarios.

2.—Naumann no tiene razón al decir que «la teoría atomística de la química no tiene nada de común con la de Lucrecio y Demócrito»; la continuidad histórica que demostraremos en el transcurso de nuestra obra es ya un rasgo común, á pesar de la diferen-

cia que separa el resultado definitivo de los primeros desarrollos de la doctrina; las dos teorías tienen, además, otro punto común que Fechner declara de la más alta importancia, que es admitir moléculas distintas; si esto no es un punto tan esencial para el químico como para el físico, no deja de tener menos importancia, tanto más grande cuanto que se esfuerzan precisamente, de acuerdo con Naumann, en explicar los fenómenos químicos según los hechos de la física. No es tampoco exacto que antes de Dalton nadie haya demostrado con hechos los derechos y la utilidad del atomismo; inmediatamente después de Gassendi, Boyle hizo esta demostración para la química y Newton para la física, y, si no lo hicieron en el sentido actual de la ciencia, no ha de olvidarse que la teoría de Dalton misma ha pasado hoy; Naumann tiene razón al exigir que antes de negar el actual atomismo se comience por conocerle, y también pudiera pedirse que antes de negar el parentesco del atomismo antiguo con el moderno se conocieran no sólo los hechos de historia natural sino á la vez los hechos históricos.

3.—*De vita et moribus Epicuri*: «Sólo digo que si Epicuro asistió á algunas ceremonias religiosas de su país, que desaprobaba en el fondo de su corazón, su conducta fué hasta cierto punto excusable; asistió, en efecto, porque el derecho civil y el orden público exigían esto de él, y las desaprobaba porque nada obliga al alma del sabio á pensar como el vulgo; en su fuero interno no dependía más que de sí mismo y exteriormente estaba ligado por las leyes de la sociedad humana, pagando así al propio tiempo lo que debía á sí mismo... El papel de la filosofía consistía entonces en pensar como un número reducido de personas y hablar y hacer como la multitud.» La última frase pudiera aplicarse á la época de Gassendi más bien que á la de Epicuro, pues éste gozaba y usaba ya de una gran libertad en la enseñanza y la palabra. Hobbes afirma que la obediencia á la religión del Estado implica el deber de no contradecir sus doctrinas; en su conducta se conforma á sus palabras; pero no tuvo escrúpulo en derribar los fundamentos de la religión en cuantos sabían sacar conclusiones lógicas; el *Leviathan* apareció en 1651 y la primera edición *De vita et moribus Epicuri* en 1647; pero aquí la prioridad de ideas no tiene importancia alguna; era el espíritu de la época, y, en estas cuestiones generales, allí donde no se trataba de matemáticas ni de ciencias naturales, Hobbes estaba resuelto mucho tiempo antes de unirse á Gassendi.

4.—Observemos el tono solemne con que al fin del prólogo de su *De vita et moribus Epicuri* Gassendi hace reservas en favor de la doctrina de la Iglesia: «En religión tengo la opinión de mis mayores, es decir, la religión católica, apostólica, romana, cuyos decretos he defendido y defenderé siempre, sin que discursos de sabios ni de ignorantes me separen de ella.»

5.—Al final del prólogo *De vita et moribus Epicuri*: «Ya tienes en tu poder dos efigies, una hecha según un camafeo y otra que me proporcionó durante mi residencia en Louvain el ilustre Eryceus Puteamus, que la publicó también en sus cartas con esta explicación laudatoria: «Contempla, amigo mío, el alma del grande hombre que alienta en estos rasgos; es Epicuro, con su rostro y su mirada; contempla esta imagen digna de atraer la atención de todo el mundo.» El otro es un diseño de la estatua colocada en Roma cerca de los jardines del palacio de los Lodovigi, que me envió nuestro amigo Naudé (la misma que se publicó en la disertación de Gerónimo Rorarius); este dibujo lo hizo Enrique Howen, pintor de la casa de dicho cardenal; inserta el retrato que prefieras, porque ya ves que ambos se parecen; yo recuerdo, además, que los dos concuerdan con otro retrato de Epicuro que se conserva en la rica morada del ilustre Gaspar Monconis Liergues, juez de Lyon.»

6.—Al parecer, la prioridad de esta reflexión pertenece á Kant, quien dice: «Por ese yo, ó él, ó eso (la cosa) que piensa, no representa más que un sujeto trascendente de los pensamientos = *x*, que sólo es conocido por sus atributos, á saber, sus pensamientos, y del cual separadamente no podemos tener jamás la menor idea.» Grande es, sin embargo, el mérito del razonamiento de Lichtenber, que hace evidente la afirmación subrepticia del sujeto de la manera más simple sin el apoyo de sistema alguno. Decimos de pasada que el primer ensayo para probar la existencia del alma por medio de la duda (ensayo que se asemeja muchísimo al «Cogito, ergo sum») es debido á San Agustín, Padre de la Iglesia, quien argumenta así en el libro X. *De Trinitate*: «Quien duda, vive puesto que duda, recuerda los motivos de su duda y comprende al dudar que duda.» Descartes, á quien se llamó la atención sobre la semejanza de este párrafo con su principio, parece que no le conocía anteriormente y confiesa que San Agustín ha querido realmente probar de este modo la certidumbre de nuestra existencia; en cuanto á él—añade—ha empleado esta argumentación para de-

mostrar que el yo que piensa es una substancia inmaterial; así Descartes dió como invención personal lo que es un plagio manifiesto.

7.—Dudo mucho, sin embargo, de que la exposición de Ueberweg sea exacta; quizá descansa en parte sobre una mala inteligencia; dice de Gassendi: «Su atomismo tiene más vida que el de Epicuro; los átomos poseen, según Gassendi, fuerza y aun sensibilidad; del mismo modo que la vista de una manzana decide al niño á separarse de su camino para aproximarse al árbol, así la piedra lanzada es contreñida por la atracción de la tierra á dejar la línea recta para volver al suelo.» Me parece erróneo atribuirle la opinión que concede la sensibilidad á los átomos como yo admití en la primera edición de este libro; al revisar hoy mi trabajo me veo en la imposibilidad de suministrar la prueba; el error parece provenir de que en realidad, Gassendi, á propósito de la difícil cuestión de cómo lo *sensible* puede salir de lo *insensible*, va más allá que Lucrecio en punto tan importante; siento no poder citar aquí más que á Bernier, no tener á mano las obras completas de Gassendi ni que la impresión de mi libro pueda aplazarse hasta haberlas revisado; en el pasaje indicado se lee: «En segundo lugar (en el número de los argumentos que Lucrecio no ha empleado, pero de los cuales, según Gassendi, hubiera podido servirse), que toda clase de semilla está animada y que no sólo los animales que nacen de la cópula, sino aquellos mismos que se engendran de la podredumbre, están formados de pequeñas moléculas seminales que han estado reunidas y formadas ó desde en principio del mundo ó después, no pudiendo en absoluto decirse que las cosas sensibles se hacen de las cosas insensibles, sino más bien que son cosas que aunque efectivamente no sientan, son, sin embargo, ó contienen, en efecto, los principios del sentimiento, así como los principios del fuego están contenidos y ocultos en las vetas del pedernal ó en cualquiera materia grasa.» De este modo Gassendi admite, aquí por lo menos, la posibilidad de que gérmenes orgánicos susceptibles de experimentar sensaciones existan desde el principio de la creación; pero estos gérmenes, á pesar de su origen (irreconciliable con la cosmogonía de Epicuro), no son átomos sino reuniones de átomos, aunque de especie más simple; no había, pues, razón en explicar como un efecto puramente intelectual el movimiento del niño que ve una manzana, debiendo interpretarse como un proceso más complejo de la atracción que se produce paralelamente en virtud de leyes

físicas; no obstante, cabe preguntar á Gassendi si con esto ha desarrollado el materialismo con tanta lógica como Descartes en las *Passiones animæ* ó si se reduce todo á la presión y al choque de los corpúsculos.

8.—Voltaire dice, en sus *Elementos de la filosofía*, de Newton que éste «sigue las antiguas opiniones de Demócrito, Epicuro y de una multitud de filósofos, rectificadas por nuestro célebre Gassendi; Newton ha dicho muchas veces á algunos franceses, que viven todavía, que consideraba á Gassendi como un espíritu tan justo como sabio y que se gloriaría de estar completamente de acuerdo con su opinión en todas las cosas de las cuales había hablado».

9.—En la primera edición añadí que dicha teoría estaba mejor aplicada á la política napoleónica; pero esta expresión pudiera inducir á error hoy que la política de la familia Bonaparte parece tener una cierta legitimidad; creo preferible decir que los principios del *Leviathan* están realmente más de acuerdo con el despotismo de Cromwell que con las pretensiones de los Estuardos, fundadas en el derecho divino y hereditario.

10.—Esta definición está más abreviada en la primera edición para hacer resaltar todo lo posible el hecho principal: la *transición de la filosofía á la ciencia de la naturaleza*; hela aquí textualmente: «La filosofía es el conocimiento adquirido por un razonamiento exacto de los efectos ó fenómenos debidos á causas ó generaciones conocidas ó que puedan conocerse»; si se quiere estudiar más minuciosamente el método indicado en esta definición se verá que está en oposición flagrante con la inducción baconiana, faltando la esencia del método *hipotético-deductivo* que comienza por una teoría comprobada y rectificada con auxilio de la experiencia.

11.—Con razón Kuno Fischer y Kirchmann, al traducir este pasaje, hacen resaltar la analogía que existe entre Descartes y Bacon; pero cuando Kirchmann quiere hacer de Descartes un empírico y deducir de esta tendencia el *cogito, ergo sum* (¡como resultado de un estudio hecho sobre sí mismo!), desconoce por completo la naturaleza del método deductivo que en un terreno puede seguirse, según la experiencia, pero no en todos; Descartes mismo se manifestaba con bastante claridad acerca de este punto en el año 1637, reclamando para sus teorías físicas un valor objetivo que nunca exigió para sus especulaciones trascendentales.

12.—Es terminante el siguiente párrafo del *Discurso acerca del*

método: «Porque me parece que las razones se enlazan de tal modo que las últimas quedan demostradas por las primeras, que son su causa, y las primeras por las últimas, que son sus efectos, sin que se imagine que con esto se comete una falta que los lógicos denominan círculo vicioso, pues la experiencia da como evidentes la mayor parte de dichos efectos, y las causas de las cuales les deduzco no sirven tanto para demostrarlos como para explicarlos, sino que, por el contrario, se prueban por sí mismas.

13.—El dogma de la infalibilidad del Papa le combatió Hobbes; esta polémica es sólo una parte de la lucha sostenida contra el cardenal Bellarmin, defensor de la doctrina de los jesuitas que reivindicaba para el Papa la supremacía sobre todos los príncipes de la tierra; esta lucha prueba que Hobbes reconocía toda la gravedad y peligro que resultan de tales pretensiones, peligro que no se ha manifestado con claridad hasta nuestro tiempo.

14.—No hay que buscar en la obra de Schaller una disertación profunda acerca de este asunto; Kuno Fischer aprecia de un modo ingenioso y prudente, por lo esencial, á Hobbes desde el punto de vista de la moral y de la religión; no obstante, deduciendo exclusivamente dicha tendencia de Bacon y presentando á Descartes como su adversario, cae en un defecto propio del método hegeliano, bueno sin duda para presentar una clasificación luminosa, pero corta con frecuencia por lo sano en las cuestiones difíciles; añádase á esto que Kuno Fischer, aunque acostumbrado á apreciar sutilmente hechos semejantes, no ha reconocido la frivolidad mundana que se oculta en Descartes detrás de su sumisión respetuosa á los decretos de la Iglesia; Hobbes, respecto á la religión, era completamente hipócrita, aunque se mostraba partidario leal de la religión de sus padres frente al catolicismo, y en el mismo sentido, Mersenne y Descartes, eran también católicos más celosos que Gassendi.

15.—He aquí la fórmula que establece la unidad del Estado: «Concedo á este hombre ó asamblea mi autoridad y mi derecho de gobernarne á mí mismo con la condición de que tú delegues á ese hombre ó asamblea tu derecho de gobernarte á tí mismo.» Hablando así X, cada uno á los demás, se forma de la multitud una unidad que se llama Estado; «tal es la procreación de ese gran *Leviathan* ó, para decirlo más dignamente, del dios mortal».

16.—«Aun cuando no intervenga el Estado, es el bien del hom-

bre, según Hobbes, lo que aquél desea; la conciencia es sólo el conocimiento secreto que el hombre tiene de sus actos y palabras, y esta expresión se aplica con frecuencia á las opiniones privadas que la obstinación y la vanidad consideran como inviolables; cuando un particular se erige en juez de lo que es bueno ó malo y cree que ha obrado contra su conciencia, comete uno de los delitos más graves contra la obediencia civil.»

17.—«El temor á los poderes invisibles, sean imaginarios ó transmitidos por la historia y aceptados por el Estado, constituye la *religión*; cuando el Estado no lo sanciona, son *supersticiones*»; y añade: «cuando esos poderes son en realidad tales como los hemos recibido de nuestros antepasados, entonces es la *verdadera religión*»; pero esto no salva más que las apariencias, pues determinando el Estado únicamente qué religión se ha de seguir y estando prohibida políticamente toda resistencia, resulta que la idea de *religión verdadera* es muy relativa, tanto más cuanto la ciencia no tiene nada que decir por lo general en lo que concierne á la religión.

18.—«Esta facultad se extinguió con motivo de la torre de Babel, cuando Dios confundió la lengua de los hombres para castigarles por su soberbia.» «Dios le concedió el poder de cambiar en serpiente la vara que tenía en la mano y después en vara la serpiente.»

19.—Hobbes procede del mismo modo en lo que considera el origen de la religión, haciéndola derivar de una cualidad innata en el hombre, á saber, de la inclinación á las conclusiones prematuras; y dice inmediata y sumariamente: «la semilla natural de la religión se compone de estos cuatro puntos: el temor de las almas, la ignorancia de la causa segunda, la veneración de lo que se teme y la conversión de los hechos accidentales en pronósticos».

20.—Véanse, entre otros, los párrafos siguientes del *Leviathan*: «Los milagros han cesado después de establecidas las leyes divinas; no estamos obligados á creer en los milagros que se cuentan; los milagros no lo son para todo el mundo.»

21.—«Los libros del Nuevo Testamento no pueden datar de una época anterior á aquella en que los jefes de la Iglesia les coleccionaron.»

22.—Aquí también se halla esta frase importantísima desde el punto de vista del método: «Los mortales reconocen que hay cosas

grandes aunque finitas porque ellos las ven así, y reconocen también que la grandeza de lo que no ven puede ser infinita; pero sólo se persuaden á la larga y después de numerosos estudios de que existe un término medio entre lo infinito y las cosas más grandes que ven y piensan.» Cuando sólo se trata de la teoría de la divisibilidad y de la relatividad de lo grande y de lo pequeño, Hobbes no se opone á que se dé á los corpúsculos el nombre de átomos; véase, por ejemplo, su teoría de la gravitación.

23.—No entra en nuestro propósito extendernos más acerca de la teoría del esfuerzo «conatus», que es la forma del movimiento que aquí se cuestiona; véase una exposición más detallada en Baumann; no creo indispensable la censura que hace contra la teoría, según la cual la sensación se reduce al esfuerzo que vuelve del corazón, porque aun cuando, al decir de Hobbes, se verificase inmediatamente una reacción contra el choque de un objeto en el primer punto en que se efectuó, esto no impediría en modo alguno la propagación del movimiento por medio de acciones y reacciones siempre nuevas en dirección del interior, donde el movimiento puede llegar á ser retrógado; imagínese, por ejemplo, una serie de bolas elásticas colocadas en línea recta: a, b, c, \dots, n , y supóngase en a ejerciendo sobre b un choque central que se propaga por c , etcétera hasta n , y supongamos que n choca contra una pared, y el movimiento será retrógado para toda la serie, aunque en el principio b impulsada por a reaccione disminuyendo el movimiento de a . No obstante, se ha de permitir al autor de la hipótesis identificar con la sensación, no el primer contragolpe de b con a , sino el choque retrógado de b contra a , opinión que sin duda se adapta mejor á los hechos.

24.—Cuando este esfuerzo hacia el interior es el último de los actos que se han producido en el de la sensación, entonces, en el tiempo que dura esta reacción, es cuando nace dicho fenómeno; pues á consecuencia del esfuerzo hacia el exterior siempre hay alguna cosa que parece colocada fuera del órgano.

25.—Véase, á este propósito, el suplemento del *Leviathan*, capítulo I, donde se declara cuerpo todo lo que existe realmente por sí mismo. Después se explica que todos los espíritus son corpóreos, como el aire, aunque en gradaciones infinitas de sutileza. En fin, se hace observar que en ninguna parte de la Santa Escritura se encuentran expresiones como «substancia incorpórea» ó «substancia

inmaterial». Es verdad que el primero de los 39 artículos enseña que Dios no tiene ni cuerpo ni parté, aserto que, por esta razón, no se negará; pero el artículo 20 dice también que la Iglesia no tiene derecho á exigir la fe, sino por las cosas afirmadas en la Santa Escritura (III, pag. 537 y siguientes). El resultado de esta flagrante contradicción es que Hobbes, en toda ocasión, hace resaltar la incomprendibilidad de Dios, no concediéndole más que atributos negativos, etc. Citando autoridades como Tertuliano (III, 561), discutiendo con frecuencia expresiones bíblicas y sobre todo planteando asututamente premisas de las que deja al lector el trabajo de deducir las consecuencias, Hobbes insinúa siempre que la idea de Dios sería muy clara, si se la concibiera como un cuerpo ó como un fantasma, es decir, como nada. Toda su incomprendibilidad proviene de que se ha ordenado siempre considerarle como «incorpóreo». Se dice textualmente: «La naturaleza de Dios, siendo incomprendible, es preciso atribuirle nombres que, más que á su naturaleza, se aproximen á los honores que debemos tributarle.» Por lo demás, la quinta esencia de la teología de Hobbes se encuentra de una manera explícita en un pasaje donde secamente se dice que Dios no gobierna más que por medio de la naturaleza y que su voluntad no es proclamada más que por el Estado. No hay necesidad de deducir que Hobbes fué panteísta é identificó á Dios con el conjunto de la naturaleza. Parece más cierto que miró como Dios una parte del universo, regulándolo todo por todas partes, homogéneo y determinando mecánicamente por su propio movimiento el movimiento del universo. Así como la historia universal es una emanación de las leyes de la naturaleza, así el poder del Estado, por ser un poder existiendo de hecho, constituye una emanación de la voluntad divina.

26.—Macaulay: «Estado de la ciencia en Inglaterra». Véase también Buckle: *Historia de la civilización en Inglaterra* (t. II, página 78 y siguientes), donde particularmente se hace resaltar la influencia de la «Royal Society», en cuya actividad, el espíritu de inducción de la época, halló su centro. Hettner dice que esta sociedad es el acto más glorioso de Carlos II, lo que en realidad no es decir gran cosa.

27.—Aun cuando la doctrina económica, que es clásica entre los ingleses, haya nacido más tarde como ciencia enteramente formada, sus gérmenes, sin embargo, se encuentran en la época de que

hablamos. El materialismo de la economía política aparece ya completamente desenvuelto en la fábula de las abejas (1708); ver Hettner.

28.—Buckle dice de Hobbes: «El más temible adversario del clero en el siglo xvii fué Hobbes seguramente, el didáctico más sutil de su tiempo. Este escritor, de gran claridad, no es inferior á Berkeley (?) entre los metafísicos ingleses...» «Durante su vida y algunos años después de su muerte, todo hombre que se atrevía á pensar por sí mismo era estigmatizado como hobbista.» Estas reflexiones no dejan de ser justas; pero si se examina el reverso de la medalla, no dan más que una idea imperfecta de Hobbes y de su influencia. Este reverso de la medalla está descrito por Macaulay: «Tomás Hobbes, con un lenguaje más preciso y más luminoso que el de todos los metafísicos anteriores, estableció que la voluntad del príncipe es el criterio de lo justo ó de lo injusto, y que todo sujeto debe estar dispuesto á profesar el papismo, el mahometismo ó el paganismo, bajo el orden del monarca. Millares de personas, incapaces de apreciar lo que había de verdadero en estas especulaciones se apresuraron á adoptar una teoría que realizaba las funciones reales, debilitando las leyes de la moral y relegando la religión al rango de simple negocio de Estado. El hobbismo fué pronto una parte casi esencial del carácter de un hombre bien educado.» Más adelante, Macaulay dice muy juiciosamente de esta especie de elegantes de cabeza ligera «que, gracias á ellos, los prelados anglicanos recobraron sus riquezas y sus honores. Vividores aristocráticos, estos prelados estaban poco dispuestos á dirigir su vida por los preceptos de la Iglesia y mucho menos á combatir marchando con sangre hasta las rodillas» por sus catedrales y palacios episcopales.

En la célebre disertación de Macaulay sobre Bacon se encuentra, con relación á Hobbes, el siguiente pasaje: «Su ojo perspicaz descubrió bien pronto los superiores talentos de Hobbes; no es probable que apreciase plenamente las disposiciones de su discípulo, ni que previera la grande influencia que, tanto en bien como en mal, este egoísta vigoroso y perspicaz debía ejercer sobre dos generaciones sucesivas.»

29.—Buckle dice más exactamente: «Después de la muerte de Bacon, uno de los ingleses más eminentes lo fué ciertamente Boyle, quien, si se le compara con sus contemporáneos, puede